

II.

El Apóstol nos exhorta, á que nos abstengamos de toda palabra torpe, porque las palabras torpes causan incalculables males. Y ¡cuánto más perjudiciales aun son las canciones obscenas! No cabe duda; ellas son la ruina de las buenas costumbres; la sepultura de la inocencia.

I. Son la ruina de las buenas costumbres; lo dice el Apóstol: *Corrumpunt bonos mores colloquia prava.* (I. Cor. xv.) Las buenas costumbres no se conservan sino con palabras honestas. De la abundancia del corazón habla la boca, dice Jesucristo; las palabras lúbricas, pues, y las costumbres honestas son dos cosas que se rechazan.

II. Son la sepultura de la inocencia: 1.º Porque una sola palabra de doble sentido ha bastado, á veces, para pervertir á una alma inocente; ¡cuánto más las pervertirán las expresiones manifiestamente torpes con el atractivo del canto? 2.º Porque son cantores infernales: léjos de respetar la presencia de las doncellas y de los niños inocentes, es precisamente delante de ellos que hacen gala de su impiedad, y vomitan el inmundo veneno de sus entrañas.

Véase: CONVERSACIONES.

CAPITAL: Véase: CAUDAL.

CARÁCTER.

(GRANDIOSIDAD DEL CARÁCTER CRISTIANO.)

Ego ingredior viam universæ terræ; confortare et esto vir.

Yo voy al lugar á donde van á parar todos los mortales. Ten tú buen ánimo y pecho varonil.

(III Reg. 11, 2.)

El anciano rey David, el soldado que, en su juventud, habia salido con gloria de muchos combates; el profeta, que con tanta anticipacion habia previsto la vida y la muerte del Hijo de Dios; el poeta, que habia cantado los triunfos y las luchas de la Iglesia, estaba moribundo; y en este momento supremo, en el cual el hombre se complace en destinar sus últimas palabras á la manifestacion de sus sentimientos más íntimos, mandó llamar á su hijo Salomon, heredero del trono, y empezó por dirigirle las siguientes palabras: *Ece ingredior viam universæ terræ: confortare et esto vir.* Yo voy al lugar á donde van á parar todos los mortales. Ten tú buen ánimo y pecho varonil.

Al expresarse en estos términos David, no convertia sus palabras en últimos ecos de humano orgullo, sino que cedia exclusivamente á la inspiracion de Dios. Era, por otra parte, muy natural, que dijese á su sucesor, para quien estaban reservados grandes sucesos: *Esto vir, ten pecho varonil, sé hombre.*

En todos tiempos se han reconocido prácticamente diferencias en el significado de la palabra *hombre*. Los romanos llamaban hombre, *homo*, palabra latina formada de *humus*, que significa tierra, á un plebeyo y á todos los que pertenecian al vulgo; cuando, empero, querian dar á esta palabra el sentido de una calificacion distinguida, cuando pretendian referirse á un hombre ilustre, y grabar al pié

de su estatua una inscripcion, que recordase á la posteridad las virtudes ó proezas de aquel héroe, usaban la palabra *vir*, varon, queriendo significar con ésto, que, predominando en aquel hombre el mérito y el carácter, fruto de su valor, de la grandeza del alma y de las virtudes, merecía un nombre especial, superior al que revela la humilde procedencia de nuestro cuerpo.

Pues bien, hermanos míos; si dejamos de considerar en el hombre el polvo de la tierra de que está formado, si le consideramos en otra esfera superior, ¿dónde habremos de buscar sus caracteres distintivos? ¿cómo podremos reconocerle y definirle? ¿Cómo? por la grandeza de su carácter.

Ved aquí, pues, el objeto que me he propuesto en este discurso; voy á explicaros cuan cuerdo fué el consejo que dió David á su hijo, manifestándoos, 1.º en qué consiste la grandeza de carácter, 2.º la obligacion que incumbe á todo cristiano de adquirir esa relevante cualidad. Antes de continuar, pidamos al cielo que dé eficacia á mis palabras, implorando al efecto los auxilios de la divina gracia. A. M.

1. Si con atencion lo considerais, el objeto de este discurso se reduce á exponer los medios de formar al hombre, así como en las diferentes carreras literarias decimos, que se forman los jóvenes por medio de estudio y de las lecciones de sus maestros. Sin embargo, vosotros, oyentes míos, perteneceis á la comunión de la Iglesia católica, y por este solo motivo habreis debido comprender, que al inculcaros los medios por los cuales debeis haceros hombres, no puedo ni debo prescindir de la cualidad esencialísima de cristianos. Los hijos del paganismo no ambicionaban otra grandeza de carácter, que la indispensable para elevarse en el público concepto, y descollar entre sus contemporáneos; los hijos de la Iglesia católica deben dejarse guiar por otras miras más nobles y elevadas, y acomodar á ellas su carácter.

Examinemos, de antemano, de donde procede especialmente el carácter, y en que consiste su grandeza. El carácter no puede proceder de la inteligencia; de otra suerte, no veríamos amalgamados en un mismo individuo un gran talento y un alma vulgar; un gran talento, que enaltece al hombre, y un alma mezquina, que le empequeñece, como nos lo manifiesta en repetidos ejemplos la historia de todos los pueblos, sin distincion de épocas ni de climas. Ahora bien; si no es la inteligencia lo que da grandeza al alma humana ¿será por ventura el corazon? Sí, hermanos; el corazon es más íntimo, más esencial y profundo que la inteligencia, la cual se concreta á la mera

facultad de adquirir conocimientos, siendo así, que el corazon siente y se adhiere á las ideas, y presta brios al hombre para llegar hasta los límites del heroísmo. Sin embargo, no bastan los sentimientos ni los arranques del corazon para la grandeza de carácter: un hombre puede amar, amar con terneza, amar con entusiasmo, y aun con amor legítimo, sin dejar por esto de ser un alma vulgar; aunque sería, en este caso, preferible y muy preferible al hombre, que solo tuviese talento y careciese de sentimientos. Y es, que el corazon no es solo la facultad de amar, es tambien el origen de nuestra libertad, el punto de donde parten todos los móviles que nos impelen á querer y á obrar; y, en este sentido, podemos afirmar, que en lo más secreto y profundo del hombre está el verdadero origen de su grandeza, de la grandeza que llamamos indistintamente grandeza de alma y grandeza de carácter. He dicho, hermanos, que parten del corazon los móviles que nos impelen á querer y á obrar, porque el hombre, en todos sus actos, se deja guiar por determinados fines; de otra suerte, permaneceria inmóvil é inactivo. Pues bien, lo que nos determina á querer ú obrar es el móvil de nuestros actos, es la influencia que Dios ejerce en el santuario de nuestra libertad, ó es nuestra propia naturaleza, que, en virtud de la generacion, se nos ha trasmitido, ó, en fin, el tesoro de virtud que hemos allegado en nuestro corazon, y que, unido á la influencia de Dios y á la influencia hereditaria de nuestra naturaleza, produce en nosotros, digámoslo así, un principio propio y particular de nuestros actos, y da un carácter propio y peculiar á lo que es el móvil de nuestros actos, á lo que nos determina á querer y á obrar. El hombre es grande, cuando esos móviles ó impulsos que le determinan son grandes; y, por lo mismo, el hombre se empequeñece, cuando cede á móviles ménos nobles y elevados; y hasta llega á ser miserable, cuando se deja guiar por miras mezquinas y miserables.

2. ¿En qué consiste, pues, la grandeza de los móviles que determinan los actos del hombre? Para contestar á esta pregunta, debemos examinar previamente lo que significa la palabra grandeza. Solo Dios es grande, como dijo un célebre orador; Dios es el único tipo y la esencia de la verdadera grandeza. Al hombre no le es dado ver á Dios; pero Dios se nos da á conocer por sus obras. Dios, al crear el mundo, creó al propio tiempo una cualidad especial, destinada á darnos una idea de lo que constituye su naturaleza ó sus atributos: echad una ojeada á la inmensidad del espectáculo del cual formamos parte, y vereis en ella una revelacion exterior de la grandeza de Dios. El espacio nos dá una idea de esa grandeza, en la cual no

cabe medida; y por ésto, al calificarlo, no se nos ocurre otro adjetivo más expresivo que la voz *inmenso*, y usamos con frecuencia la expresion *inmensidad del espacio*. Pues bien, el espacio reúne tres condiciones, que son, longitud, latitud y profundidad: quitadle al espacio una de estas condiciones, y deja de ser la revelacion exterior de la grandeza de Dios; suprimid una de estas condiciones, y desaparece el espacio. Tenemos, pues, que la grandeza, tal como Dios nos la da á conocer en sus obras, ha de reunir las tres cualidades de longitud, latitud y profundidad.

LATITUD. Bien sabeis, hermanos, que en lenguaje vulgar acostumbamos decir: Este hombre tiene un corazon ancho. El Espiritu Santo, reconociendo en los actos de Salomon la inspiracion de Dios, dice: *Latitudinem cordis quasi arenam quæ est in lictore maris*. III. REG. IV, 29. Dios le ha dado un corazon, que se dilata como las arenas de la playa. ¿En qué consiste, pues, hermanos, esa dilatacion, esa anchura, esa latitud de corazon? Para explicaros esta idea, basta examinar lo que pasa en nuestro interior, en todos nuestros actos. Ahora bien; puede ser, que en las miras que nos dirijan, ó sea, en los móviles que nos induzcan á obrar, no veamos nada fuera de nosotros mismos; puede suceder, que en nuestros actos no nos propongamos otro objeto que nuestra propia satisfaccion, nuestro orgullo, nuestro cuerpo, nuestra casa, nuestro patrimonio; en una palabra, no nos propongamos otro objeto que nosotros mismos. Pues bien, semejante mira, aunque alcance á hacernos dueños del mundo entero, será mezquina y estrecha. ¿Qué tendriais con haceros dueños de todo el mundo? ¿qué tendriais cuando hubieseis logrado disponer de todos los tronos de la tierra? Habriais satisfecho vuestra ambicion, pero no hubierais pensado más que en vosotros; y como vuestra respectiva personalidad es un punto insignificante, comparado con la creacion, vuestra mira hubiera sido reducida, estrecha y miserable, porque se habria concretado á un sér vil y abyecto, á vuestra propia personalidad. Resulta, pues, que la primera cualidad de la grandeza de alma, ó de carácter es la latitud, que se hace extensiva á muchos, cuando no se la circunscribe á los estrechos límites del egoismo: esa latitud es lo que, en lenguaje comun, distinguimos con el nombre de generosidad. Sin la generosidad es imposible la grandeza de alma; sin la generosidad es imposible la grandeza de carácter.

No es suficiente, empero, esta cualidad; se requiere, además, la profundidad, que es otra de las dimensiones del espacio, y, por consiguiente, otra de las que reúne la manifestacion exterior de la grandeza de Dios.

3. PROFUNDIDAD Ó ALTURA. Estas dos ideas ó cualidades son correlativas é inseparables; donde hay altura debe haber profundidad, y donde haya profundidad no puede ménos de haber altura. Si consideramos ó medimos un cuerpo sólido ú otro cualquier objeto desde su base ó punto inferior, reconoceremos su altura; si, al contrario, lo consideramos ó medimos desde su cúspide ó punto superior, reconoceremos su profundidad. Como precisamente vamos á aplicar esta dimension geométrica al grandioso conjunto de la creacion, con respecto al cual el hombre ocupa un sitio inferior, precisamente será más propio, por punto general, hacer uso de la palabra *altura*, que de la voz *profundidad*, si bien son idénticas las ideas.

Ahora bien; no basta que los actos del hombre no se concreten á sí propio, ni que alcancen á muchos otros objetos; es fuerza que, al dilatar nuestro corazon, partamos de un principio constante y de una pauta segura; pues, de otra suerte, esa dilatacion ó latitud pudiera ser causa de funestos actos, que, por esta razon, no presentarian el verdadero carácter de la grandeza. Necesitamos un principio que nos dirija, y este principio, por el cual nos regimos, es la mayor ó menor dignidad ó elevacion de nuestros actos; y en tanto es así, como que, aun en el lenguaje vulgar, usamos la frase *actos elevados* para distinguir las acciones nobles y generosas de las ruines y bajas. Pues bien; este principio por el cual nos regimos, será tanto más elevado, cuanto más se aproxime á Dios: por ésto decia un escritor antiguo: Dios ha colocado la frente del hombre en la parte superior del cuerpo, para que sin dificultad pueda mirar al cielo; pero, no el cielo aparente, ese inmenso espacio en que se destacan los astros, sino el otro cielo más elevado, en que reside el principio de todas las cosas; el cielo en que tiene su asiento la justicia y el derecho, norma divina que ha de regular todos nuestros actos. Por esto la madre de los Macabeos decia á su hijo: *Peto, nate, ut aspicias cælum*. II. MACH. VII, 28. Hijo mio, fija tu vista en el cielo. Si queremos que sean elevadas nuestras aspiraciones y nuestros actos, tengamos fija la vista en el cielo; pues en el círculo de los medios que están á nuestro alcance, nunca debemos servirnos de lo que de suyo es pequeño y bajo para conseguir un gran fin. Y ved aquí, hermanos, lo que afea y deshonra la historia de la humanidad. Cuando leemos la historia de los más célebres ministros que han gobernado los pueblos, de los conquistadores, y otros, que por distintos conceptos han adquirido gran fama; cuando examinamos sus actos y los sometemos á nuestro juicio particular, ¡ah! es cierto que reconocemos en sus actos ideas grandes, y en sus miras un objeto altamente heróico; pero, mezquinos en sus medios, despues de ha-

ber sido grandes en sus miras, han echado un borron en su historia, empleando medios poco dignos y adaptados á la grandeza de los pensamientos que habian concebido. Por esto el hombre verdaderamente grande, prefiere morir antes que con una mentira salvar, aun cuando fuese á todo el mundo. S. Pablo dice: No debemos obrar mal para alcanzar un bien. Esta máxima ha sido la norma de conducta para las grandes almas, que han hecho honor á la humanidad.

4. Más, para que el alma del hombre sea grande, para que esa grandeza se refleje en sus actos, se requiere otra cualidad, pues el hombre no es pura y simplemente un sér que deba estar en actividad continua; está dotado de una facultad todavía mas noble que la de obrar. Cuando los judíos iban á apoderarse de Jesucristo en el huerto de Getsemaní, uno de sus discípulos desenvainó la espada; pero el Señor le reprendió, diciendo: ¿Ignoras, por ventura, que si quisiera defenderme, mi Padre me enviaria legiones de ángeles, que me preservarían de mis enemigos? Mete tu espada en la vaina, porque no es hora de defendernos y de obrar, sino de padecer. Con efecto; si la fuerza del hombre se redujese á sus propias acciones, el hombre seria sumamente débil. De esto resulta, que la tercera condicion de la grandeza humana es la paciencia, cualidad que, comparativamente con la longitud geométrica que reconocemos en el espacio, y, por consiguiente, en la manifestacion exterior de la grandeza de Dios, la llamamos LONGANIMIDAD; *longus animus*.

Por esto Dios tiene en tanta estima el infortunio, cualidad que, por una parte, es muy comun, y, por otra, es tan rara y preciosa; comun, porque, sin apercibirnos de ello, estamos tan familiarizados con el infortunio como con el agua que bebemos; rara y preciosa, porque son pocos los que conocen su mérito y siguen el precepto de S. Pablo, ROM. v, 3, 4 ET 5; nos gloriamos en las tribulaciones, pues sabemos que la tribulacion ejercita la paciencia, la paciencia sirve á la prueba, de la prueba resulta la esperanza, y la esperanza nunca se frustra porque es obra de Dios. Al lado del hombre que padece persecucion por la justicia, está Dios. El Señor ha dicho, МАТТ. v, 10: bienaventurados los que padeceis persecucion por la justicia. Es verdad, que cuando en vuestros actos teneis por norma la justicia, Dios está á vuestro lado; pero, cuando padeceis persecucion por la justicia, Dios se une más íntimamente con vosotros. Cuando el Apóstol os da estos consejos, Dios habla por su boca, Dios está en su corazon; pero cuando muere, entre los tormentos del martirio, Dios recoge todas las gotas de su sangre, las bendice y las convierte en semilla, que ha de producir la eficacia y la independencia de la

Iglesia. Dios, hermanos míos, nos pone con frecuencia á prueba por medio del infortunio. Derrumba los imperios, y erige, á su vez, otros, para que haya mártires en el mundo y testigos de estos infortunios.

5. Ved aquí, pues, explicadas, hermanos míos, las tres dimensiones que constituyen la grandeza de nuestros actos. Pero acaso presumireis, que mis reflexiones no tienden á inculcaros la práctica de las virtudes cristianas, porque, al fin, la humildad, la castidad, la caridad son en realidad virtudes reconocidas, siendo así, que, al parecer, no puede decirse lo propio de la grandeza de carácter. Pues, qué, los Escipiones, los Brutos, los Arístides, los Mileíades, ¿no revelaron tambien grandeza de carácter? ¿no es una cualidad que sobresale en la historia profana de Grecia y Roma? ¿Cómo puede afirmarse, pues, que la grandeza de carácter es una obligacion íntima, y un derecho que incumbe estrictamente á un cristiano? Es cierto, que entre los gentiles fué conocida la grandeza de carácter: no comprendieron la humildad, la castidad, la caridad, virtudes sublimes, que estaban reservadas al cristianismo; pero dieron pruebas de generosidad, de elevacion, de paciencia. Parece inconcebible, á primera vista, que la grandeza de carácter, que elevó á los gentiles al colmo de la humana gloria, sea una cualidad característica del cristiano: para convenceros, pues, voy á manifestar, como la grandeza de carácter es un estricto deber que nos incumbe.

El cristianismo no es exclusivamente un código redactado por artículos en forma de una ley, como lo habia sido el judaismo publicado en el monte Sinai; el cristianismo se nos ha revelado por medio de los ejemplos y de los actos de Jesucristo. Pues bien; Jesucristo fué en realidad un alma grande, que dió al mundo el espectáculo de un gran carácter; y en los hechos que nos refiere el Evangelio, aventajó á todos los héroes de la antigüedad pagana en generosidad, en elevacion y en paciencia. Creo que planteada en estos términos, la cuestion queda resuelta, y casi fuera un sacrilegio empeñarse en examinarla más á fondo. Ahora bien; Jesucristo fué grande, no precisamente por ser un Hombre-Dios, y permitidme, que prescindamos del carácter de su divinidad para considerarlo solo como hombre; en este exclusivo concepto, Jesucristo fué grande tambien. ¿Qué hombre ha dejado en el mundo recuerdos más heróicos y grandes de majestad? ¿qué hombre ha sido más generoso? Los antiguos héroes, que tanto elogiamos y enaltecemos ¿por quién se habian sacrificado? ¿por quién habian dado pruebas de desprendimiento, de elevacion de miras, de grandeza de alma? Por su patria. Los atenienses y los roma-

nos, cuya grandeza de carácter reconocí no ha mucho, porque al fin y al cabo debemos hacer justicia á la verdad; los atenienses y los romanos, repito, ¿habian concebido jamás, fuera de sus sacrificios por la patria, un acto mayor de generosidad y desprendimiento? Nó, hermanos; eran dignos ciudadanos, eran grandes patriotas, palabra que data de aquellos tiempos, y que, en cierto modo, nos repugna, aplicándola á los tiempos presentes, porque el patriotismo, cuando no lo calificamos con algun adjetivo especial, nos parece cosa de poca monta é inferior á las virtudes que el Evangelio nos exige. Pero Jesucristo, aun considerándole simplemente como hombre, se identificaba con algo más que con su reducida patria, la Judea; se identificaba con la humanidad, con todo el mundo, al que venia á salvar; á todos dirigia su palabra, á todos inculcaba las verdades de que era depositario como hombre, y que comprendia en sí como Dios; Jesucristo vino al mundo para salvar á todos, sin excepcion.

Fuera de esto; ¿quién ha tenido miras más elevadas que Jesucristo? ¿cuál era su objeto al procurar nuestra salvacion? Su vista se fijaba en su Padre celestial, en Dios; pero ¿bajo que concepto elevaba sus miras á su Padre celestial para que fuese su norma? ¿acaso no consideraba en él sino al principio de toda justicia, tal como se la habia presentado en el monte Sinai, tal como el hombre la habia comprendido? Supongo, hermanos, por un momento, que en aquella época, antes de darse á conocer Jesucristo al mundo, antes de predicar su doctrina, se hubiese presentado al senado de Roma un hombre iniciado en las grandiosas miras de nuestro Salvador, y se hubiese expresado en los siguientes términos: Delante de Dios todos los hombres son iguales, todos son hermanos, todos, sin distincion de patricios y plebeyos, forman una sola familia cuyo padre comun es Dios; todos los hombres son ciudadanos de una sola patria, la del género humano; las personas de los ciudadanos son inviolables y sagradas; todas las naciones son hermanas; ninguna nacion tiene derecho de imponer la ley á otra; los pueblos solo están mutuamente obligados por los deberes de justicia y por los tratados, y nunca por el exclusivo hecho de la victoria. El hombre que se hubiese expresado en semejantes términos, hubiera manifestado unos principios de justicia de los cuales no tenia la menor idea el pueblo romano, á pesar de que la humanidad le era deudora de la legislacion más perfecta anterior al cristianismo; pues la justicia, que reconocia el pueblo rey, no obstaba para que la infringiese continuamente, ya en su legislacion, ya en sus más heróicos y renombrados triunfos. Y, sin embargo, esos principios de justicia fueron precisamente los que

vino á establecer Jesucristo en beneficio de todos; más aun, esas máximas y esos principios no alcanzaban á la mitad de lo que se proponia nuestro Salvador. Vino al mundo, no solo para traernos el más sublime y equitativo principio de justicia, sino tambien para traernos la caridad y decirnos, no precisamente, que Dios es el principio de toda justicia, verdad sublime de la cual tenian ya los hombres alguna idea, sino para añadir á esta verdad otra, que el senado y el pueblo de Roma no habian oido jamás: *Deus est charitas*, Dios es caridad. Os amareis recíprocamente; los grandes amarán á los pequeños, y los pequeños á los grandes; los reyes se humillarán hasta el pobre, y el pobre acatará con respecto la dignidad de los reyes; todos debeis amaros: el amor no consiente que se humillen á los que ocupan encumbrados sitios, ni se desdeñe y pisotee á los pequeños. Os amareis mutuamente, y el amor efectuará un cambio general en el linage humano. La caridad era el principio que le movia; la caridad fué el medio á que apeló para nuestra salvacion.

Y ¿qué podré decirnos, hermanos, sobre la longanimidad ó paciencia de que dió pruebas Jesucristo? Vedle clavado en una cruz. ¿Qué hombre, qué legislador, qué conquistador ha sufrido por su país, por un número determinado de hombres, lo que Jesucristo sufrió por todo el linage humano? Con efecto, su paciencia fué superior á toda humana paciencia. Alzaronse cadalsos para acabar con los cristianos; pero el imperio de la cruz se ha sobrepuesto á todas las vicisitudes y contratiempos.

Ved aquí, pues, las cualidades que convirtieron á Jesucristo en el héroe por excelencia; grande fué su generosidad, la latitud de su amor que alcanzaba á todos; grande su elevacion de miras, no solo por el principio que le guiaba, esto es, la caridad, sino tambien por los medios de que echó mano, y que se reducian igualmente á la caridad; y grande y en realidad infinita fué, por último, su paciencia. Si Bruto y Casio, y Aristides y Milcíades son grandes hombres en la historia; hombres grandes, sobre los cuales aprendemos en nuestra juventud á hacer sublimes elogios, justo es confesar, que, ante el heroísmo cristiano, su grandeza no tiene comparacion, su grandeza queda reducida á la nada.

He dicho, que la grandeza de carácter de un cristiano excede á toda grandeza, y esto precisamente ha sido y es nuestra gran ventaja. Mientras en otro tiempo, la grandeza de alma era patrimonio de algunos hombres, ahora lo es de muchos, y esto ha sido lo que ha salvado á los pueblos.

Tan cierta es esta verdad, como que la reconocemos aun en la

historia de nuestros últimos tiempos. Recordad el estado en que se hallaba el cristianismo á últimos del siglo pasado, antes del año 1789. Examinemos esta época histórica, puesto que es la última en que el cristianismo ha debido revelar la grandeza de carácter, salvándonos de un cataclismo. ¿Qué fué el siglo diez y ocho? Fué la conspiración de los príncipes de la tierra y de los príncipes del mundo intelectual contra Jesucristo; los príncipes de la tierra tendían á cercenar los derechos de la Iglesia, á despojarla de todo, á humillarla y pisotearla; los príncipes del mundo intelectual tendían á deshonorar á la Iglesia, donde quiera que se les presentase, en la historia ó en los escritos de los santos Padres y Doctores. Pues bien; desde una época, que no puedo precisar, no habíamos tenido ocasión de manifestar la grandeza del carácter cristiano. Dios, viendo que era tiempo de manifestarla, abrió lo que con referencia al diluvio se llaman las cataratas del cielo, pues si hay cataratas que derraman agua, cataratas hay que arrojan sangre. Y ¿qué hicimos? Francia era una de las naciones que más habían degenerado, porque en su seno se había formado la conjuración. La iglesia de Francia abandonó espontáneamente sus bienes, cuando se los pidieron; se dejó llevar al destierro, cuando se le exigió; y aun se entregó en manos del verdugo, cuando se le dictó esta sentencia: hé aquí, como en pocos días quedó puesta en salvo la fe para nuestros padres y para la posteridad, representada actualmente por nosotros. Los infelices que habían atacado al cristianismo, creían encontrar una bandada de míseros esclavos; y encontraron numerosos mártires como los que poblaron en otro tiempo las catacumbas.

La Santa Sede debía de sufrir también rudos embates. Dios envió al mundo un hombre á quien dió gran poder, del que se sirvió para ponerse en lucha con el anciano Pontífice que ocupaba el Vaticano... El anciano fué el vencedor; y cuando regresó á su capital, después de obtener este glorioso triunfo, Roma surgió en medio de su soledad, y asombró al mundo con toda la majestad de sus tiempos primitivos.

La España, que había conquistado las Américas, estableciendo en ellas el estandarte de la fe; la España, que había con el tiempo degenerado, no había podido realizarse. Pues bien, el poderoso guerrero, que se declaró en lucha con la Santa Sede, trató de apropiarse la España en virtud del derecho que los conquistadores llaman derecho de conquista; y cuando se le decía: Andad con cautela, contestó: Un pueblo formado y educado por frailes es un pueblo de niños. Al pié de la cordillera de los Pirineos se encontró con ese pueblo formado y educado por frailes, y sus guerreros, que desde las pirámides de Egipto hasta los confines de la tierra solo habían hallado

pueblos de niños, comprendieron, á costa suya, que la guerra con España no era una guerra de niños, sino una guerra de gigantes.

La Irlanda se había hecho notable por sus sufrimientos; la Irlanda era una débil gavilla de trigo triturada por una presión extraordinaria. Tres siglos después de haberse establecido semejante servidumbre, la Irlanda produjo un hombre, que, después de Pio VII, ha sido el más grande de este siglo. Presentóse O'Connell, y después de una lucha porfiada y noble obtuvo la emancipación de los católicos en todas las posesiones de Inglaterra.

Un reducido país, la Bélgica, agregado á un país protestante, sacudió este yugo, creándose una situación política, que ha pasado por diferentes vicisitudes. A pesar de su reducido territorio, ese pueblo, merced á la Iglesia, se ha hecho grande por la estabilidad de sus instituciones y su carácter fiel y leal.

Las iglesias que han carecido de esta grandeza, han perdido su independencia, su integridad y hasta su fe: en una palabra, han desaparecido, porque no había en ellas ni almas generosas, ni almas elevadas, ni almas magnánimas ó resignadas.

Ved aquí pues, hermanos, la norma que debéis proponeros en vuestra conducta: imitad á Jesucristo. El mundo os despreciará, tal vez, como despreció á nuestro Salvador; pero no faltará quien estime en todo su valor la grandeza del cristianismo, que tal grandeza de carácter os inspira. Podreis entonces decirles como David á Salomón: Tened buen ánimo y manifestad un pecho varonil. De esta suerte contribuireis en todas épocas á demostrar la feliz influencia del cristianismo en este mundo, donde nos prepara para gozar de la eterna dicha en el cielo. Amen.